

XLII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Elisenda Hernández Janés

**CANCIÓN
DE DESPEDIDA**

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XLII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Juan Eslava Galán, Carmen Blázquez Vázquez, Antonio Barrantes Lozano, Antonio Tocornal, Susana García Nájera, Isabel Román Román, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2023

© Elisenda Hernández Janés, 2023
© Fundación José Manuel Lara, 2023
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 7-2023
ISBN: 978-84-19132-11-6

Printed in Spain–Impreso en España

A mis amigas:
las que siguen aquí
y las que perdí por el camino

MAYO DE 2001

ISA

Andábamos aceleradas entre risas y conversaciones entrecortadas. Estábamos las cuatro: Gloria, Lucía, Marga y yo. Nos sentíamos libres y mayores, pero solo teníamos quince años. Los ojos nos brillaban, nuestras voces agitadas se perdían entre el rumor de los coches y el suave murmullo de la primavera. En pocos minutos íbamos a ver actuar a nuestro grupo favorito. Era nuestro primer concierto y la primera vez que atravesábamos juntas el bullicio nocturno de Barcelona. A la emoción inherente del evento se unía la excitación de lo furtivo: era un día laborable y nuestros padres no conocían nuestros planes. Nadie más que nosotras sabía que, un mes atrás, habíamos comprado las entradas en una tienda de la calle Tallers y las habíamos escondido como un tesoro. Tampoco que habíamos conseguido carnets de conocidas o hermanas mayores, ni que llevábamos exaltadas toda la semana ante la inminencia del concierto.

Bajábamos por las Ramblas del brazo. Había refrescado y el aire de la calle arrastraba promesas de lluvia. La primera penumbra del anochecer acariciaba la ciudad y encendía las farolas a su paso. Yo era la que estaba más nerviosa: nunca hasta entonces había mentido en

casa. El sentimiento de culpabilidad se confundía con el miedo a ser cazada, pero pesaba más la ilusión de ver a Unfocused en directo y compartir la experiencia con mis amigas. Me sentía feliz de formar parte de ese risueño cuarteto que reía y cantaba canciones por la calle, yo, que siempre había sido una persona callada y aburrida, que nunca había tenido un grupo de amigas, que pasaba los fines de semana haciendo puzles y leyendo libros.

Gloria y Marga estaban eufóricas. Ellas eran las fans número uno del grupo, los habían seguido desde sus inicios y habían convencido a las demás para ir a verlos esa noche. Gloria no había tenido que mantener su plan en secreto, como yo, sino que había encontrado una aliada en su hermana mayor, que estaba al tanto y tenía instrucciones de disuadir a sus padres en caso de que se les ocurriera intentar contactarla en casa de Lucía. Marga no tenía que preocuparse demasiado en ese sentido, ya que su padre estaba fuera en un congreso y su madre andaba siempre demasiado agotada como para emplear fuerzas en desconfiar de ella.

Lucía sonreía satisfecha bajo las luces nocturnas como si la ciudad le perteneciera. Ella era pieza clave en la logística de la operación y disfrutaba de su papel indispensable. La coartada de todas era una fiesta de pijamas en su casa: pedir unas pizzas, ver películas, charlar de nuestras cosas. Tampoco ella había tenido que sortear obstáculos domésticos: esa semana le tocaba dormir en casa de su padre y él nunca le pedía

explicaciones por nada. No solo le permitía hacer lo que le daba la gana, sino que daba por supuesto que los padres de sus amigas eran como él. Nos lo habíamos cruzado en el portal y se había despedido de nosotras, sonriente: «¡Que vaya bien el concierto!».

Lucía solo conocía un par de canciones del último disco de Unfocused, por lo que no podía participar en la conversación capitaneada por Gloria acerca de si tocarían tal o cual tema. Normalmente le gustaba llevar la voz cantante, pero no parecía que le importara no hacerlo esa vez. Daba la impresión de que oía nuestras exaltaciones desde un cierto paternalismo, como si de alguna manera ella estuviera por encima de nuestro infantil entusiasmo. Al fin y al cabo, Lucía ya había salido por la noche con su hermanastro y sus amigos, y lo que era nuevo para nosotras no lo era para ella.

Cayeron cuatro gotas y una repentina ventolera azuzó las hojas de los árboles. Gloria maldijo improprios, no había invertido más de una hora en planchase el pelo para que ahora se pusiera a llover. Posó la mano sobre su cabeza para comprobar si se le había encrespado. Como no le quedó claro, se dirigió hacia mí y me preguntó:

–¿Pelitos? –era el término que utilizaba para referirse a esos molestos pelos que se levantaban con la humedad.

–No, nada.

–Solo aquí atrás, un poco –dijo Lucía.

–Mierda. ¿En serio?

–Pero muy poco –dijo Marga, y recorrió la zona con la mano para chafar un par de pelos.

Un piropo exaltado nos sobresaltó, alzamos la vista y vimos a tres chicos que nos miraban con descaro. Yo bajé la vista, muy incómoda. Gloria y Marga emitieron una risita nerviosa. Lucía fue la única que les sostuvo la mirada con ademán desafiante.

–¡Esa morena con ojos de gata! –dijeron.

Nos reímos. Lucía se giró hacia ellos y, simulando una garra con la mano, chilló:

–¡Miaau!

Envalentonados por su gesto, los chicos se pusieron a andar detrás de nosotras mientras nos lanzaban preguntas desde la distancia: ¿Cómo os llamáis? ¿A dónde vais? ¿Queréis compañía?

–Mierda –aceleré el paso–. Ahora creen que tenemos interés.

Gloria y Marga también lo hicieron. Lucía fue la única que siguió con su ritmo de antes y a los pocos segundos fue alcanzada por los chicos, con los que se puso a conversar animadamente.

–¿Estudias o trabajas? –le preguntaron.

–Trabajamos. Somos actrices de culebrones. Nos llamamos Cristal, Topacio, Rubí y Abigaíl.

Tras el desconcierto inicial, uno de ellos, el que parecía más despierto, le contestó:

–Mira qué bien. Nosotros somos Carlos Alfredo, Macuto y Tegucigalpo.

–Ese último te lo has inventado.

Se pusieron a coquetear. Los otros dos amigos se adelantaron para intentar algo con nosotras, pero al ver que no estábamos por la labor perdieron interés. El chico de Lucía acabó acompañándonos hasta Plaza Real e hizo ademán de comprar la entrada para el concierto. Gloria presenció ese gesto y, horrorizada, le hizo una señal a Lucía para que se acercara hacia donde estábamos.

–No me digas que este tío se nos acopla. Lucía, joder, que es nuestro primer concierto. Que hemos esperado este momento desde hace tiempo. Para disfrutarlo nosotras, las cuatro.

A Marga y a mí tampoco nos apetecía que ese chico se nos uniera, pero no nos atrevimos a expresarlo tan abiertamente.

–Ay Gloria, no seas así –dijo Lucía–. Pero si seguro que te cae bien. Si es majísimo.

–Seguro que me cae de coña, pero esta es nuestra noche, nos la hemos jugado para estar aquí todas. Y este tío no sabe quiénes son Unfocused ni nada.

–¿Y tú qué sabes?

Solo había una cosa que podía llevar a Gloria a superar su timidez con los extraños: su mal humor. Le hizo un gesto al chico para que se acercara.

–¿Tú también eres fan de Unfocused, entonces? –le preguntó.

–Qué va, no los conozco de nada.

–¿Y qué música te gusta?

–Pues de todo. Me gusta todo. Escucho mucho la radio, los 40 Principales sobre todo.

Gloria le dirigió a Lucía una sonrisita de satisfacción. Se creó una situación incómoda en la que nos quedamos los cinco en corro, sin hablar. A nuestro alrededor, la gente iba entrando en el Sidecar.

–Están pidiendo carnets –murmuré preocupada.

El chico, que empezaba a darse cuenta de que no era bienvenido en el grupo, decidió batirse en retirada.

–Yo me voy, que aquí no pinto nada. Lucía, encantado de conocerte. Que lo pases bien esta noche. Cuidado con lo que bebes. Y no hables con extraños –le guiñó un ojo y se fue en dirección a las Ramblas.

Le observamos alejarse. No era feo, pero tampoco guapo. Tenía una buena planta, eso sí: muy alto y delgado.

–Tiene un culete mono, ¿no? –Marga trató de destensar la situación.

–Demasiado flacucho para mí –dijo Lucía, repentinamente airada–. ¿Entramos?

Nos pusimos en la cola. Los corazones nos latían con fuerza mientras repasábamos para nuestros adentros la documentación que nos había sido adjudicada. Gloria llevaba el carnet de identidad de su hermana y el resto llevábamos pasaportes de amigas suyas. El segurata dejó pasar a Lucía, Gloria y Marga, pero se detuvo en mí.

–Carnet.

Busqué en el bolso con nerviosismo y le entregué el pasaporte de una amiga de la hermana de Gloria.

–Si tú tienes 18 años yo soy la madre Teresa de Calcuta. Lo siento, guapa, pero no entras.

Miré a mis amigas con terror. Ellas intentaron razonar con el segurata: era yo, solo que aparentaba menos. Siempre había sido muy infantil para mi edad. Que me preguntara los datos del pasaporte, ya vería cómo no mentía. Cuando vieron que eso no funcionaba, cambiaron de táctica: por favor, era nuestro grupo favorito, llevábamos meses esperando ese concierto, ni siquiera íbamos a beber alcohol. No solo no conseguimos que el segurata se ablandara sino todo lo contrario: amenazó con echarnos a todas si no desaparecíamos de su vista.

Nos apartamos un poco para debatir la situación.

–¿Qué hacemos? –dijo Marga–. No podemos dejar a Isa aquí sola.

–Qué mierda, joder. Qué hacemos. ¿Qué podemos hacer?

Gloria refunfuñaba. Sabía que lo decente era no entrar y que se vinieran todas conmigo, pero llevaba demasiado tiempo esperando ese concierto, por favor, teníamos que entenderlo. Se trataba de Unfocused, su grupo favorito de siempre. Tuvo una idea: ¿Y si me acompañaban a coger un taxi y Lucía me daba las llaves de su casa?

–Tengo una idea mejor –dijo Lucía–. Voy a conseguir que entres, pero tenemos que esperar un poco. Tienes reloj, ¿no?, perfecto. Desaparece de aquí y vuelve dentro de un cuarto de hora. Tú no te preocupes. Yo me encargo.

–No sé, Lucía, ¿estás segura? ¿No sería mejor que me fuera a tu casa?

–Confía en mí. Nos vemos aquí en un cuarto de hora.

Seguí sus instrucciones mientras las demás entraban en el Sidecar. Lo sucedido entonces me fue relatado con todo lujo de detalles al día siguiente a la hora del patio, cuando todavía nos estábamos recuperando de la excitación de la víspera. Una vez dentro de la sala, Lucía las había instado a buscar un buen sitio junto al escenario y les aseguró que volvería conmigo en unos minutos. Obedientes, ellas trataron de colocarse en la zona indicada, pero el local estaba abarrotado y era complicado avanzar entre los grupos de amigos que charlaban, cantaban consignas de conciertos y brindaban con sus cervezas. Además, resultaba embarazoso adelantar a esa gente que estaba allí desde antes de que llegaran ellas, que llevaban camisetas del grupo y que encima les sacaban diez años. Marga no lo veía claro: ¿y si se quedaban un poco más atrás? Gloria estuvo a punto de ceder, pero luego se armó de valor y, como el que se enfrenta a la selva con un machete, avanzó implacable hasta encontrar un hueco estratégico en la zona deseada.

Gloria y Marga se miraron con los ojos brillantes por el revoltijo de emociones: la escapada, los nervios por lo mío, la despiadada incursión en esa jungla de gritos y brazos peludos. Entonces, se apagaron las luces y unas familiares sombras salieron al escenario. Gloria emitió un chillido agudo que jamás había oído hasta entonces: un estallido de euforia que nació en su estómago y se fundió con los otros vítores y alegres gritos de su

entorno. Marga le sujetó muy fuerte del brazo y chilló también. En la penumbra reconocieron a Tom, el batería, luego a Kate, la bajista, a Mark, el guitarrista solista, y finalmente a Glenn Dakota, el cantante y guitarrista de acompañamiento. ¡Allí estaban, los tenían allí mismo!

Sonó el primer acorde de una canción antigua que no todo el mundo reconoció, pero que Marga y Gloria se lanzaron a cantar entregadísimas. Cuando aparecimos Lucía y yo, en el momento de los aplausos, nos abrazaron como si lleváramos siglos sin vernos.

–¡Pero cómo coño lo habéis hecho! ¡Lo habéis logrado! ¡Sois las mejores, las mejores! –chillaban entre risas y abrazos.

Sentíamos en nuestro interior una alegría que se nos desbordaba, una euforia salvaje al haber conseguido lo imposible.

Más tarde les explicaríamos que Lucía había simulado un robo y había obligado al segurata a ir tras un imaginario ladrón. Que, siguiendo sus indicaciones, yo había aprovechado para entrar en el Sidecar y me había encerrado en el lavabo hasta que ella había venido en mi busca. Que, una vez reunidas en el baño, nos habíamos abrazado exultantes y nos habíamos puesto a bailar al ritmo de una música imaginaria. Que Lucía me había instado a soltarme el pelo y a pintarme los labios para no ser reconocida por el segurata en caso de que me cruzara con él. Esos detalles se los daríamos después, en el camino de vuelta a casa, con nuestras

voces excitadas y afónicas retumbando en la noche por encima de un profuso aguacero primaveral, desafiando esa extraña lejanía auditiva que envolvía los sonidos después de un concierto. En ese momento solo saltamos, nos abrazamos, intercambiamos frases que el ruido y nuestra propia excitación nos impidieron acabar de entender y que quedaron interrumpidas por el característico inicio de «Inside Your Eyes», uno de los grandes éxitos del grupo. Todo el mundo reconoció la canción, que fue acogida con generalizado entusiasmo. Nos miramos emocionadas, nos abrazamos formando un corro. Y mientras la voz de Glenn Dakota nos cantaba sobre el amor, ese amor que a los quince años era un anhelo poderoso e idealizado, nos sentimos invencibles, capaces de todo. No siempre era así: en nuestras rutinas adolescentes había también lugar para las melancolías. Yo a menudo me sentía sola, con mis padres tan estrictos y una naturaleza introvertida que me dificultaba abrirme a los demás. A Gloria no le gustaba la imagen que le devolvía el espejo. Marga estaba enamorada de un chico que no le hacía caso. Y por mucho que presumiera de poder hacer siempre lo que le daba la gana, sospechaba que a Lucía le habría gustado tener unos padres que la pusieran a ella en el centro como hacían los nuestros. Pero en ese momento las penas parecían muy lejanas y el futuro era una feliz promesa en el horizonte que íbamos a descubrir juntas, unidas por un vínculo que por entonces creíamos que jamás se rompería. La primavera terminaría y más tarde llegaría el verano,

y el otoño, y tras el invierno, los atardeceres de lluvia de una nueva primavera. Los días se sucederían sin tregua y nuevas gentes llegarían a nuestras vidas, pero de algo estábamos convencidas: por mucho tiempo que pasara, nosotras seríamos amigas para siempre.